

Mirta Zaida Lobato (coordinadora). *Comunidades, historia local e historia de pueblos. Huellas de su formación*. Buenos Aires: Prometeo, 2020, 241 pp.

El territorio como pertenencia, como pilar de la identidad. Un territorio habitado con otros y otras con los que se arma comunidad. Esa comunidad imaginada que recortada en distintas escalas nos dice quiénes somos con relación a otros. Este libro propone recuperar las experiencias obreras con sus propios significantes y problematizar la idea de comunidad como el lugar de articulación entre el espacio de producción y el de la reproducción para crear lazos de solidaridad y formas de identidad que no podrían explicarse por afuera de la pertenencia territorial. Un mérito del libro es que aporta una mirada desde el largo plazo, lo que le permite registrar experiencias de formación y auge, pero también de decadencia y crisis.

La primera parte, «Vida cotidiana, trabajo y protesta en la construcción de comunidades» comienza con dos artículos centrados a inicios del siglo XX, para luego avanzar con el análisis de casos de mediados de siglo y cerrar con experiencias que dan cuenta del impacto desindustrializador. En el capítulo I, Laura Caruso aborda la «huelga grande» de 1904 llevada adelante por los portuarios del barrio de La Boca. En su trabajo demuestra cómo la comunidad boquense, heterogénea en su composición social, étnica y laboral, había construido dinámicas económicas y sociales que dependían de la prosperidad de los trabajadores portuarios, explicando la activación de redes de solidaridad y resistencia comunitaria frente a la huelga.

En el capítulo II, Agustina Prieto reconstruye la experiencia de conformación del barrio Refinería de Rosario y la contrasta con la del barrio del Ferrocarril Central. En esta oportunidad, Prieto describe una experiencia de comunidad laboral sin estrategia empresarial de integración. Esta situación agravaba las condiciones de vida de los y las trabajadoras y generaba sistemáticas dificultades para la reproducción diaria. Asimismo, la autora encuentra que existía una relación entre la desatención total de las necesidades obreras por parte de la empresa y el arraigo del anarquismo. En el ca-

pítulo III, Florencia Gutiérrez analiza la comunidad ocupacional del barrio azucarero de Bella Vista en Tucumán durante el primer peronismo. A diferencia del caso anterior, Gutiérrez examina la histórica imbricación en los pueblos del azúcar entre la esfera laboral y el espacio de reproducción, mediante la política empresarial de provisión de servicios y viviendas en usufructo. El texto demuestra la persistencia en el tiempo de enormes niveles de desigualdad social y pobreza, tan característica de esta rama laboral, y la eficacia de la estrategia empresarial de atar la fuerza laboral a la vivienda como vía de disciplinamiento. Asimismo, analiza la expectativa que generó entre los trabajadores la posibilidad de apelar al intervencionismo peronista. El capítulo IV, de Daniel Dicósimo, repasa la experiencia de origen, auge y decadencia del barrio Villa Cacique construido netamente para proveer mano de obra a la empresa Loma Negra. En este caso, Dicósimo analiza una experiencia de comunidad empresarial o «sistema de fábrica con villa obrera» (p.100) que suponía la implementación de una estrategia patronal que, a la vez que creaba disciplina, también creaba pertenencia. Dicósimo comprende ese paternalismo industrial como un terreno de negociaciones donde los trabajadores son agentes activos en la construcción de las relaciones sociales. Sin embargo, muestra la fuerte identificación de las familias obreras con los ideales de la empresa y la eficacia del imaginario de gran familia como valla contenedora de los conflictos. Los sentimientos de pertenencia a un barrio cuya identidad había sido moldeada por la presencia de Loma Negra habría sobrevivido, incluso, a su desintegración. En el capítulo V, Julia Soul examina el proceso de transformación acaecido en la ciudad de San Nicolás a partir del arribo de la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (Somisa) y la llegada de los somiseros. Este encuentro entre la vieja y la nueva comunidad puso en tensión sentidos arraigados entre los nicoleños, autopercebidos como herederos de la ciudad del acuerdo, para incorporar otros nue-

vos asociados a la ciudad del acero. El último capítulo de la primera parte está a cargo de Rodolfo Porrini que trabaja el caso del barrio Cerro de Montevideo durante los años sesenta. En su investigación demuestra cómo el predominio de la industria cárnica fue moldeando la comunidad, a la vez que las asociaciones territoriales: políticas, religiosas, sindicales y de inmigrantes, permitieron cohesionar al colectivo de trabajadores. Más específicamente, el texto se detiene en formas de lucha asumidas durante la huelga frigorífica de 1969 y las consecuencias que tuvo para el barrio.

En la mayoría de las experiencias que aborda la primera parte del libro se analiza cómo la segmentación del mercado de trabajo solía trasladarse al espacio comunitario expresándose en desigualdades materiales y simbólicas. Los patrones de vivienda han sido probablemente la mayor materialización de ese proceso de diferenciación de clase al interior de la comunidad, ya fuera resultado de políticas explícitas, atada a los planes empresariales (como en los barrios de Bella Vista, Loma Negra y Somisa), o como expresión de un patrón de ocupación territorial más espontáneo (como en La Boca, barrio Refinería y El Cerro). En todos los casos, los problemas vinculados a la esfera reproductiva de la familia obrera demuestran que la participación en la comunidad laboral tenía un fuerte sesgo de género y las mujeres quedaban sometidas a la dependencia tanto de sus maridos como de las empresas.

En la segunda parte, «Cultura, memoria y patrimonio en la conformación de comunidades», se abordan tres procesos de construcción de memoria histórica local, poniendo de relieve cómo las disputas sobre el pasado disparan múltiples sentidos de pertenencia. En el capítulo VII, Ludmila Scheinkman examina las representaciones históricas en torno del barrio porteño de Barracas. Recopila numerosas iniciativas

de distintos grupos sociales y destaca cómo la impronta obrera, tan característica de Barracas, en ocasiones era resaltada con orgullo y en otras era ocultada en forma deliberada. En el capítulo VIII, Alba González recupera el proceso de reconstrucción histórica emprendida por la comunidad entrerriana de Liebig a partir de 2003, luego que el cierre definitivo de las industrias cárnicas dejara a la comunidad con elevadas tasas de desempleo. En este caso, los trabajos de recuperación, preservación del patrimonio y de activación de la memoria, no solo permitió hacer balances respecto del pasado, sino reformular el tiempo de la historia como una manera de pensar el futuro de la comunidad. Finalmente, en el capítulo IX, Mirta Zaida Lobato reflexiona sobre la experiencia de construcción del Museo 1871 de Berisso. La originalidad de la experiencia, a cargo de la propia comunidad, permitió contar la historia de Berisso desde una perspectiva no estatal y recuperar dimensiones en general desatendidas, como la vida cotidiana. Sin embargo, el trabajo también muestra cómo la participación de un equipo de historiadoras profesionales contribuyó a renovar las narrativas y organizar los ejes seleccionados. Esta tarea de intervención historiográfica permitió, entre otras cosas, otorgar visibilidad histórica a la participación de actores cuyas memorias habían permanecido eclipsadas. Por ejemplo, la memoria de los migrantes internos frente a la de los inmigrantes europeos.

En su conjunto, se trata de una obra potente que presentada como un coro de voces permite conectar las experiencias locales para volver a pensarlas en escalas mayores sin esencialismos.

Natalia Casola

*Universidad de Buenos Aires-Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas (Conicet)*